

WALKSCAPES. EL ANDAR COMO PRÁCTICA ESTÉTICA

Francesco Careri, Gustavo Gili. Barcelona, 2002

La arquitectura de la estirpe de Yabel o las virtudes de la historia manifiesto

Recientemente, la siempre lúcida editorial GG, ha tenido a bien publicar en versión bilingüe –inglés y castellano– uno de los textos que, sin duda, mejor definen la postura adoptada por el grupo *Stalker* en el más reciente panorama internacional de las ideas estéticas; el que, con el título *Walkscapes. El andar como práctica estética*, firma el arquitecto romano Francesco Careri.

El andar como práctica estética no se dedica, como en principio podrían pensar los lectores de Balzac o de Chesterton, a estudiar la psicología y el buen arte de mujeres y ladrones a través de su forma de caminar –algún día habrá que estudiar también esto–. *El andar como práctica estética* se preocupa, más bien, de valorar el *Walkscape*, es decir, el *errabundeo* capaz de convertir el territorio y la ciudad en paisaje.

Como todo lo que tiene que ver con el placer, la idea de vincular el paseo con la fruición estética resulta tan atractiva que incluso algunos doctores han sabido recomendarla a tiempo. Lo que parecería un poco inoportuno es que, a estas alturas, alguien formado entre artistas escribiese un libro con el mismo propósito. ¿Acaso no hace doscientos años que Rousseau se confesó *Promeneur*? Y, por componer una rima, ¿acaso no hace ciento cincuenta que Baudelaire disfrutó como *Flâneur*?

Por supuesto, en este aspecto Careri no intenta ser original. A diferencia de Ramanujan –aquel científico hindú que, aislado del mun-

do, igualó los resultados de varios siglos de estudios matemáticos antes de descubrir su retraso–, Careri está tan bien informado que se permite el lujo de dedicar tres cuartas partes de su obra a la historia del andar como práctica estética –habla del nomadismo primitivo, de los menhires como marcas en el paisaje, del Ka egipcio, de las excursiones dadá, del *lachez tout* de Breton, de la Internacional Situacionista, del Land Art...–. Consciente de sus limitaciones –le interesan especialmente determinados periodos–, en algún momento abre las puertas a la coletilla (p.67), y, de hecho, a lo que él aporta se podrían añadir mil datos –los ensayos de Addison y el desarrollo de las teorías sobre el jardín pintoresco; la fenomenología y la aplicación de sus ideas a esa corriente de la psicología que se ha dado en llamar “psicología ambiental”, corriente que, en su aplicación al urbanismo, ha encontrado un buen defensor en Kevin Lynch; las hilarantes páginas que, hace poco, Julian Barnes dedicó al imposible encuentro dadá en la estación de Marrant-sur-Cère...–. Sin embargo, al margen de exhibir la erudición del que firma, todo esto no nos mostraría lo nuevo, lo genuino, esa intuición de Careri que, en principio, debería ser sólo suya.

En definitiva, ¿qué es lo que nos ofrece este libro? ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué empujó a alguien que se dice cuerdo a realizar la siempre ingrata tarea de escribir doscientas páginas si sabía que parte de lo que iba a exponer ya había sido sugerido o expuesto? ¿Acaso estamos ante otro *Menard, autor del Quijote*?

La respuesta, creo, podemos encontrarla al principio y al final. Como se deduce de ambas

partes, el interés de la obra de Careri estriba en el papel que *Stalker* pretende desempeñar en el panorama de las teorías arquitectónicas y urbanísticas contemporáneas, o, en otros términos, en la aplicación del *método Walkscape* al problema Ciudad (p.190).

La postura tradicional sobre el origen de la arquitectura y la urbe sostiene que ambas nacieron con Caín, asociadas a la agricultura y a las primeras sociedades sedentarias. Si esta suposición se tuvo en pie durante siglos esto se debió a la propia caracterización de la arquitectura. A todas luces, lo construido tenía una cualidad de la que podían preciarse muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era algo sólido, algo físico, en fin, algo tan intraspasable y opaco como el cuerpo de Orson Welles. No en vano, si, siguiendo la famosa división aristotélica entre forma y materia, se hablase de artes de la forma y artes de la materia, el parecer más extendido consideraría a la arquitectura como magnífica representante de las últimas.

Frente a esa caracterización, frente a la idea sedentaria y *matérica* de la arquitectura, Careri levantará su manifiesto nómada. Al principio estaba el *errabundeo*. Con él, al tiempo que nuestros antepasados nómadas daban sus primeros pasos en busca de alimento, floreció la primera vinculación entre el hombre y el territorio. Dada nuestra naturaleza imaginaria, antes ya de *construirlo*, ese territorio sufrió una transformación, una mutación invisible, en la que los simples objetos –colinas, ríos...– se fueron convirtiendo en símbolos. Tratando de mejorar ese mapa simbólico, en un momento dado los signos naturales fueron sustituidos por elementos artificiales –mojones, linderos...–. Y estos, con los años, darían paso, primero a los menhires, después a los edificios y, finalmente, al urbanismo. En resumen, el origen de la arquitectura estaría vinculado, no sólo con el *estar* y el

edificar, sino también, y fundamentalmente, con el *andar* y el *imaginar*.

Esto, como decimos, queda claro desde el principio. Pero, ¿por qué Careri habría de recurrir a la arqueología para defender una idea de la arquitectura más moral que real y una idea del arte más ideal que material? ¿Qué perseguía con esta defensa de la estirpe de Yabel –ascendiente, según la Biblia, de todos los pastores nómadas–? Si lo que acabamos de resumir se encuentra en el primer capítulo, la respuesta, en este caso, debemos buscarla en el último, el titulado *Transurbanía*.

El grupo *Stalker*, al que pertenece Francesco Careri, se ha preocupado desde su formación por ese enorme problema que es la ciudad contemporánea. Pensando en él, informándose mucho acerca de las últimas tendencias artísticas, y explorando *in situ* algunas de las urbes más importantes del planeta, hace unos años el grupo se propuso fomentar la idea que sirve de título al capítulo, la idea de *Transurbanía*.

La *transurbanía* es una invitación a recuperar la dimensión del viaje y del descubrimiento en el interior de la gran ciudad; esa ciudad que, como diría Calvino, empieza a ser *ciudad continua*. Para ello se convida al nuevo turista a explorar esos recorridos periféricos, llenos de contradicciones estridentes y de dramas terribles que, a veces, componen armonías inéditas. Como los paseos por el campo del *promeneur* dieciochesco, o como los vagabundeos urbanos del *flâneur* decimonónico, lo que, en principio, se estimula es, únicamente, la experiencia estética, el placer por el placer. Sin embargo, a diferencia del auténtico esteta –éste sólo piensa en sí mismo–, para Careri y los suyos esa experiencia, en apariencia gratuita, tiene una razón de ser.

La estimulación del *andare a Zonzo*, que es como los italianos se refieren a “perder el tiem-

po vagando sin objetivo" (p.186), en el fondo, tiene objetivos. En primer lugar, con él se trata de hacer visible a todo el mundo, y no sólo a unos pocos, lo que, durante años, sólo vieron los desheredados y los pioneros como Smithson. Y, en segundo lugar, se intenta fomentar la lúdica transformación del espacio recorrido del mismo modo que Abel, Yabel y sus descendientes comenzaron la transformación del mundo allá en el principio de los tiempos. Éste es el meollo de la cuestión y en esto reside la originalidad de esta obra.

Finalmente, ¿qué podemos los profesionales de la historia sacar en claro de tan amenas páginas? En principio, parece obvio. Los especialistas en el mundo contemporáneo un documento de época; y los especialistas en la historia del paisaje y en la historia urbana, muchas noticias de interés. No obstante, creo que todavía se puede extraer otra lección.

Hace años tuve la suerte de pasar unos meses en una escuela de arquitectos en Santiago de Chile. Aunque ya licenciado en Historia, era joven y, por tanto, casi todo era nuevo para mí. Si algo me llamó la atención desde el principio esto fue el modo de ver la historia que tenían los arquitectos. A diferencia de lo que había

aprendido, ellos no se dirigían al pasado para valorarlo *en sí mismo*. Recurrían a las artes y a la historia para buscar en su interior elementos aplicables. Para mi sorpresa, en Chile descubrí que los urbanistas leían a Italo Calvino buscando ideas para su trabajo.

No creo que, como afirma el autor de la introducción al libro de Careri –Gilles Tiberghien–, importe poco que una idea sea históricamente cierta con tal de que sea operativa. Ese tipo de manipulaciones ha generado demasiados monstruos como para dejarlas pasar sin problema –pienso ahora en la *raza aria*–. Lo que sí acepto con agrado, es que haya gente capaz de escribir historia pensando en los problemas del presente. Esto es precisamente lo que intenta y, en principio, logra Careri. Y esta es otra de las razones por las que considero su libro aconsejable. Espero que lo disfruten.

Mientras tanto, buena *transurbancia*.

*Para más información, véase www.stalkerlab.it

Federico A. López Silvestre
Universidade de Santiago de Compostela